

Amor y perdón

Aquella mujer se sintió querida por Jesús, como nadie jamás la había querido antes. Y en eso consiste el perdón de Dios. Dios no te pone condiciones, sencillamente te ama sin que lo merezcas y empapado de ese amor tu corazón cambia. El perdón de Dios es restaurador, hace nueva a la persona. Hay que dejarse querer por Aquel cuyo amor nunca nos hará daño, sino que es capaz de restaurarnos definitivamente.

En la escena evangélica de este domingo, la mujer pecadora que lava los pies a Jesús, contrasta la actitud del fariseo, buena persona y cumplidor de los mandamientos, pero incapaz de entender el amor de Jesús, y la actitud de aquella mujer que se acerca a Jesús sin más recursos que su propia vida hecha jirones. Los pobres, los pecadores, las prostitutas irán por delante en el Reino de los cielos, nos recuerda Jesús (Mt 21,31). No por las fechorías que han hecho, sino porque se sienten sin ningún derecho y por eso confían en la misericordia de Dios, que se vuelca con ellos. Y “a quien mucho se le perdona, mucho ama” (Lc 7,47).

En este Año de la misericordia, Dios quiere hacernos experimentar un amor más grande. No sólo aquel que podamos merecer por nuestras buenas obras, sino aquel que no merecemos a causa de nuestros pecados, de nuestras mediocridades, de nuestro aplazamiento en la respuesta al amor recibido. El Año de la misericordia quiere concedernos un perdón, que es fruto del amor de Dios y que supera todos nuestros cálculos. Dios no se cansa de perdonar, antes nos cansamos nosotros de pedirle perdón, y más aún, no se nos ocurre esperar hasta dónde puede llegar ese perdón cargado de misericordia.

El rey David no hubiera compuesto el “Miserere” (salmo 50), preciosa oración de arrepentimiento, si no hubiera experimentado ese perdón inmerecido después de su pecado de adulterio y homicidio. Dios no sólo ama a los buenos y se alegra con sus buenas obras, sino que ama también a los pecadores con un amor que desborda sus expectativas. Basados en este amor de misericordia podemos esperar la santidad plena, Dios puede llevarnos a la plenitud de la filiación, aunque nosotros fallemos tantas veces como fruto de nuestra debilidad. Nuestra debilidad nunca será un obstáculo, sólo es un obstáculo nuestra falta de confianza en su gracia.

La vida del cristiano, por tanto, no se apoya en las buenas obras realizadas, sino en el amor de misericordia que Dios tiene con nosotros. Amor deseado confiadamente, amor estrenado especialmente cada vez que recibimos el sacramento del perdón. Amor que se prolonga en la misericordia ejercitada para los demás.

“No soy yo, es Cristo quien vive en mí”. Esa transformación interior la experimenta san Pablo, porque confía no en las obras de la ley, sino movido por la fe en Cristo Jesús. Cristo no viene a eliminar a la persona, sino a llevarla a plenitud por el camino de la Cruz: “Estoy crucificado con Cristo”. El cristiano vive “de la fe en el Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí” (Ga 2,20). La experiencia de este amor personal de Jesús llena la vida del cristiano. Mientras no se da ese encuentro personal que transforma la vida, de poco sirven prácticas externas que justifican al que las practica. Incluso a veces tales prácticas pueden retrasar el encuentro profundo con Aquel que nos ama y se ha entregado por nosotros.

La misericordia de Jesús con la pecadora, la paciencia con el fariseo explicándole de qué amor se trata y cómo aquella pecadora está llamada también a la felicidad con Dios, la experiencia de san Pablo que ha fijado su vida en Cristo Jesús es el mismo amor que Dios quiere tener con cada uno de nosotros. Se trata de dejarse querer por un amor de este calibre.

Recibid mi afecto y mi bendición:

+ Demetrio